



EDUARDO CABALLERO CALDERON

ASPECTOS DE LA OBRA



DIARIO DE TIPACOQUE

El *Diario de Tipacoque*, aunque así lleve el título, no es de ningún modo, la constatación de las experiencias personales del autor, consignadas día a día, cuidadosamente; quede bien claro también que no es una novela, porque *no crea un mundo nuevo*, donde libremente discurren personajes independientes y determinados.

Es más bien, una serie de reflexiones, que Eduardo Caballero Calderón se hace, tomando como base hechos populares y que además de ser reflejo auténtico del ambiente campesino, son pretexto para expresar sus ideas e impresiones acerca de la vida campesina contrapuesta al ambiente citadino sofocante y deshumanizante.

La obra se sitúa en la hacienda de Tipacoque, propiedad de don Eduardo, y a lo largo de la hoya del río Chicamocha, desde Soatá hasta Capitanejo; es pues un lugar geográfico perfectamente deducible. El ambiente es fresco, abierto, como el alma de los habitantes de la región; si hay pobreza hay trabajo para todos y tierra para cultivar; todo transcurre en medio del tiempo lento y rítmico de las cosas del campo, sin apresuramientos, pausadamente.

Los personajes que allí se describen, encarnan todo un pueblo, sus costumbres, su religión, su psicología; son “tipificantes” del alma boyacense, que se construye al final de la obra luego de reunir todas las piezas del rompecabezas y colocarlas ordenadamente unas al lado de otras. Por último la elegancia del estilo y al mismo tiempo la sencillez de la narración, son un gran mérito y tal vez uno de los mayores valores del *Diario de Tipacoque*.

Agua, tierra, nubes, silencio, componentes del ambiente campesino en Caballero Calderón.

El agua

“Yo tengo el amor casi diría que la pasión del agua...” (1). Quitarle a un tipacoque el agua para regar su vega, es matar, de un solo golpe, todos sus sueños, sus ideales y hasta su vida misma que tan solo se alimenta de la lluvia y del río Chicamocha, sin los cuales, el tabacal y el maizal morirían calcinados. Porque un campo sin agua es un desierto como las tierras de Bavatá, calvas y escarpadas; el agua en cambio, convierte al desierto en vergel, y con ella la tierra es “agradecida y buena como la de Angelito Duarte”.

En la obra de Caballero Calderón, el agua como factor componente del ambiente campesino, desempeña un papel esencial; es la purificadora fertilizante de las plantas y de los hombres; con ella el campo huele a fresco y todo parece más joven; sucede, que cuando llueve en Tipacoque, al revés de como sucede en las ciudades, hay alegría y casi fiesta, porque la lluvia es la nodriza del terruño pedregoso y escarpado, donde madura la panela morena y blanca, en cañaverales dulces y jugosos.

La patria es “el río que rueda allá abajo en el cañón bañando las vegas donde Siervo Joya siembra unos colinos de tabaco...” (2). Para los ojos sencillos del tipacoque, la patria lo es todo y a la vez, todo para él es el agua, el río, la toma, a la que tiene derecho tres días con sus noches cada mes para que en verano no se le sofoquen los sembrados; por eso la patria es el agua, su río.

“Si amaga el invierno, Angelito canta de alegría. Se sienta a la puerta del rancho a mirar llover, bajo el alero podrido...”

—Al fin, bendición de la Santa, ¡tá lloviendo bonito!” (3).

El agua por ser uno de los cuatro elementos primitivos de los que, se creía, estaban compuestas todas las cosas, está muy

(1) CABALLERO CALDERON, *Diario de Tipacoque*. Ed. A B C, Bogotá, 1950. p. 68.

(2) *Op. cit.*, p. 125.

(3) CABALLERO CALDERON, *Op. cit.*, p. 45.

adentro del alma campesina primitiva y cósmica; por eso cada tipacoque sabe lo que ella vale y la cuida con tanto esmero.

“Aquí lo que vale dinero no es la tierra, sino el agua. El agua es la gracia santificante de la tierra, la levadura sin la cual la masa del pan no crece ni se esponja porque sin riego un día de arada vale cinco o diez pesos en los peladeros de Ovachía y Bavatá, donde no llueve nunca, pero regada llegaría a valer dos mil pesos...” (4).

Es pues, algo esencial al campo, el que haya en él agua como es necesario que haya aire para nuestros pulmones. No se puede concebir un campo sin la linfa transparente del arroyo, porque ya no sería campo.

La tierra

Es otro de los elementos ambientales del mundo campesino. La tierra es el lugar donde se desarrolla toda la vida rural; es el dominio del hombre, pues de ella está hecho todo ser; es el escenario de los dramas social, político y religioso campesino. De ella nacen las estancias y los ranchos;

“Esta nació de otra manera, amasada con tierra del lugar y barro pisoteado por los bueyes de labor” (5).

nos dice Caballero Calderón hablando de su hacienda en Tipacoque.

Y las casas campesinas que son la “conciencia” del paisaje porque están íntimamente unidas a él, van brotando en la montaña como las flores de un naranjo al llegar la primavera.

Tierra y Patria, son sinónimos de una sola realidad: el amor que tiene el campesino por su terruño; porque para él, “la patria son estas montañas que ahora miramos (...). La patria es el pedazo de tierra que Juana de la Cruz tiene en el Palmar, sembrado de maíz y la casita de piedra...” (6).

Por eso, el mayor deseo de cada tipacoque es poseer un recacito de tierra, que pueda llamar suyo, y en donde pueda encontrar lugar para su último sueño y el definitivo.

(4) *Op. cit.*, p. 225.

(5) CABALLERO CALDERON, *Op. cit.*, p. 52.

(6) *Op. cit.*, p. 125.

“Angelito abre con fruición las entrañas de su tierra en largos surcos con el chuzo del arado. Afloja con ternura los terrones para limpiarla de pedruscos y cruzarla con pequeños canales de riego que absorben hasta la última gota (...). La tierra es el sedimento y el mosto espiritual de Angelito Duarte. Por ella daría la vida de sus hijos cuanto más la suya propia; no le importa el oro, sino porque puede convertirse en tierra...” (7).

Y entonces, la tierra corresponde:

“¡Es la tierra güena, agradecida! con tantico que llueva no hay quién la iguale. Y es como la máma: ¡jamás se cansa!” (8).

Quien haya dejado la patria por un lapso largo y haya experimentado en carne propia la nostalgia del regreso, comprenderá el dolor del campesino tipacoque, que a pesar de haber tenido éxito en sus negocios lejos de su tierra natal, comprende que jamás podrá ser tan feliz como en su ambiente, en su medio. Se trata aquí del problema del “desarraigo”, que sufre el que ante un nuevo ambiente, no se logra adaptar totalmente, mucho más en los comienzos.

Y es que un tipacoque lo siente mucho más, porque ama más su tierra, sus “cosas”: el rancho, los sembrados, su mujer; sus hijos...

“Esto hace parte de lo que pudiera llamarse la nostalgia física del campo, porque existe otra de carácter espiritual que es aquella que empuja irresistiblemente a los tipacoques a regresar a su tierra aun cuando hayan triunfado en las extrañas. De todos modos, al cabo vuelve algún día, muchas veces para quedarse definitivamente en sus rastrojos y otras para verlos por última vez antes de abandonarlos para siempre. Es un sentimiento en quienes lograron triunfar en la ciudad (...).

—¡Ay, mi dotor!, me dijo, yo quero volver a Tipacoque para ver cómo andan las cosas...” (9).

El alma de cada campesino no es indiferente o insensible; tiene derecho más que nadie a encariñarse con el terruño donde se ha desarrollado su vida, y donde nacieron sus ideales de prosperidad. Es que la tierra llama con premura lo que le pertenece: el hombre, y éste a su vez, ama lo que es suyo.

(7) CABALLERO CALDERON, *Op. cit.*, p. 43.

(8) *Op. cit.*, p. 43.

(9) CABALLERO CALDERON, *Op. cit.*, pp. 201, 202 y 203.

Por último, en Caballero Calderón el elemento telúrico, es importante; sin él su obra no sería de ningún valor, o al menos muy escaso, porque por medio de él, logra desentrañar los valores terrígenos del boyacense.

Las nubes

He escogido este elemento para identificarlo con el cielo y el sol en *Diario de Tipacoque*. Es lógico, pues las nubes forman parte del paisaje y ambiente de la obra estudiada. Tengo que tratar todos los elementos en relación con el hombre, pues ellos, sin éste, son inhumanos, sofocantes.

¿Qué son las nubes para el campesino? Son el libro abierto en el que todos pueden leer aunque sean analfabetos, porque para leer en el cielo no hace falta ser lector terrestre. Son a la vez signo y símbolo; son signo de realidades: lluvia, verano, heladas, y, al mismo tiempo símbolo de aventuras fantásticas que los cerebros construyen mirándolas discurrir lentas o apresuradas en el cielo tipacoque.

Las nubes son el ritmo de la vida en el campo, pues de ellas dependen la siembra, la recolección de los frutos y hasta el mercado tipacoque; por ellas se sabe cuándo va a llegar el invierno y cuándo el verano se está acercando, o cuándo va a temblar en alguna parte. Sin embargo, solo en el campo se aprende a leer en las nubes.

El silencio

El campo es la soledad interior, el silencio de las cosas en el que cada hombre encuentra su propio ser, su *yo* encarnado.

“Descubro en primer lugar una mayor atención por mí mismo y una total compenetración de mi alma y un paisaje en el cual ella se expende (...). La intuición de lo eterno, considerado como una permanencia más que como una sucesión indefinida, se ha plasmado y petrificado en este silencio” (10).

Es un silencio sonoro, que llega de distintas partes y en el que se oyen traídos por el viento, ruidos y animales domésticos, gritos del gañán que increpa a los bueyes tardos y perezosos, canto de los pájaros y sobre todo el ruido del mismo silencio, que asusta a quienes vienen de la ciudad y no sabe comprender la placidez majestuosa del callar de los elementos.

(10) CABALLERO CALDERON, *Op. cit.*, p. 15.

Solo, en el silencio, el hombre se encuentra a sí mismo y descubre dentro de sí, lo que jamás hubiera imaginado, porque el *ruido* de las cosas en la ciudad no permite escuchar lo que a cada uno dice su propio ser continuamente.

Con estos cuatro elementos: el agua, la tierra, las nubes y el silencio, que son inseparables y forman el paisaje campesino, podemos entrar a estudiar algo más que criaturas inanimadas: *El hombre*, dentro de ese paisaje.

LA SICOLOGIA DEL CAMPESINO BOYACENSE

El hombre campesino

En el campo, todas las cosas se suceden lógicamente sin apresuramientos; se siembra el grano y hay que saber esperar determinado tiempo para tener entre manos los frutos frescos de la nueva cosecha. El tiempo va pasando lentamente y así, la naturaleza se encarga de diseñar el alma, pausada pero segura, del tipacoque.

“No por mucho madrugar ha de amanecer más temprano, dicen los campesinos viejos (...). Los campesinos detestan todo lo que quebranta el ritmo lento de la vida: la mujer yerma, la vaca horra, la mula estéril, el macho que no gesta y el rastrojo infecundo...” (11).

Este es un primer rasgo de alma del tipacoque; su vida, su ser en general, sigue el ritmo vital de la naturaleza y se acomoda a las variantes del tiempo y de las cosas. Pero detrás de esto y uniéndosele íntimamente, se encuentra un alma profundamente sensible, compenetrada con el agro, observadora de los acontecimientos, porque así lo ha aprendido al caer en la cuenta de que cada cosa tiene su lenguaje: las nubes, las aves, el sol...

Por ser hombre, el campesino ama; el hijo llora al despedirse de sus padres, con un llanto sencillo, correspondido por el de los padres que se quedan:

“Al hijo, en viendo al padre, se le aguaron los ojos... y el padre, cuando vio al hijo alejarse en el camión camino de la cárcel se llevó una punta de la ruana a la cara para recatar un sollozo de pena. Y Dolores, apoyada en una columna del corredor, con su mantilla negra y sus anchas enaguas de bayeta de Castilla era la imagen de una dolorosa” (12).

(11) CABALLERO CALDERON, *Op. cit.*, pp. 251 y 253.

(12) CABALLERO CALDERON, *Op. cit.*, p. 114.

Ya he tratado un rasgo psicológico profundo del alma tipacoque: el amor por la tierra, por la “orillita” en las vegas del Chicamocha, o el “retacito” en el páramo donde se da tan buena papa. Por esta razón hago aquí solo una corta mención de él.

La sencillez en los acontecimientos del campo:

Todos los sucesos de la vida del hombre deberían suceder con la sencillez con que los tipacoques conciben los actos que nosotros consideramos como *importantes*. Es que la sencillez es el don de los que se han desarrollado en la amplitud y grandeza de las cosas pequeñas, vistas en su tamaño natural, sin exageraciones ni empobrecimientos.

“La transmisión del mando entre don Bauta, que era el regidor hasta el día de ayer y don Rubiano que empieza a serlo desde hoy, fue tan sencilla que apenas vale la pena registrarla (...).

—¡Con que ora el regidor es don Rubiano!...

(...) Conque tome este chisme que ya no junciona y está descalibrao, y tampoco tiene balas, y sepa que lo jelicito de veras (...).

—Gracias don Bauta. ¿Quiere que subamos un momento a la tienda y le entrego el pernil que me había encargado?

—¡Vamos!

—Y antes si usted me quiere honrar, nos podemos meter un trago.

—¡Pago!

Y se fueron los dos regidores... Yo creo que ni en la Roma de Cincinato pasaban estas cosas tan sencillamente...” (13).

Pero así como Caballero Calderón nos da lo positivo del alma boyacense, también las notas discordantes están en el pentagrama del *Diario* y nos completan la sinfonía.

La mujer siempre ha sido tenida, a pesar de la llegada del cristianismo a las tierras americanas, como inferior al hombre y sujeta al varón, a sus caprichos y gustos; es una herencia de los antiguos pobladores de las extensiones americanas, y más concretamente, de Cundinamarca y Boyacá. El hombre “usa” del “instrumento” femenino para su provecho; no le importa al campesino la belleza exterior, sino la experiencia de *vida* que demuestre la cónyuge o futura compañera. La mujer está casi esclavizada al marido:

(13) CABALLERO CALDERON, *Op. cit.*, pp. 198 y 199.

“Me produjo ternura y compasión la Redulja. Toda su fortuna en esta vida la lleva sobre sí, consigo: los ojos verdes y esquivos como los de Soledad su madre; los dientes blancos y parejos que a la vuelta de cinco años se le habrán desgranado a pedazos; (...). Pero fue casarse, o amancebarse, que yo no lo se de fijo, y venirle con el amor o con el sacramento los palos, el trabajo de sol a sol en el barbecho (...) y los domingos siguiendo por caminos y ventas a un jayán borracho y embrutecido (...). Luego el marido se aburrió y se largó con otra...” (14).

Las riñas políticas o callejeras, y como consecuencias de ellas, la muerte, la cárcel, etc., también forman parte del panorama campesino. No hay tipacoque sin liberales, sin “Cetinas” que se lían a machetazos con los “Rojas” por unas simples palabras, huera de significado; no se puede concebir un alma campesina que no tenga partido político y que descubra a la legua de qué color tiene el alma “el visitante” de los “chocatos” santandereanos que va al mercado de Soatá. Se es godo o cachiporro, por herencia, porque la fortuna tuvo a bien, por ejemplo, el que don Enrique naciera en Soatá y no en los linderos de la hacienda tipacoque y por eso sea hoy godo y alcalde de su patria chica.

La vida religiosa del pueblo Tipacoque, depende de la frecuencia con que el padre Amayita celebre la misa en el cálido sopor de la capilla de la hacienda, y de los mercados dominicales de Soatá, en donde lo único que se entiende son las diatribas contra los liberales y las alabanzas a los conservadores, porque lo demás está dicho en latín, lengua incomprensible para Siervo, Marcos y don Bauta.

Es una mezcla de ignorancia, fe sencilla y verdadero y algo de superstición lo que caracteriza el espíritu del campesino. Dios es para él, “nuestro amo”; la Virgen de Chiquinquirá es quien concede una buena muerte a los tipacoques y Santa Rita, la protectora de las cosechas y encargada de traerles la lluvia en el momento preciso:

“—Al fin, bendición de la Santa, ¡tá lloviendo bonito!” (15).

Cuando una plaga afecta las palmeras de dátil, Marcos Lizarazo aconseja:

“Más valdría hacerlas rezar de un hombrecito de Onzaga que hace milagros con los animales y los desengusana...” (16).

(14) CABALLERO CALDERON, *Op. cit.*, pp. 158 y 160.

(15) CABALLERO CALDERON, *Op. cit.*, p. 45.

(16) *Ibid.*, p. 176.

No falta tampoco la tradicional peregrinación a Chiquinquirá, para asistir a la misa de Navidad, aunque la inmensa multitud de peregrinos impide el que haya para todos un sitio cómodo en las posadas o en la Catedral. Allí, arrinconados en una tienda, pasan la noche rasgando el tiple y cantando coplas, hasta que las campanas anuncian que la hora de la misa ha llegado y que hay que apurarse para encontrar lugar donde arrodillarse.

Es pues, la fe sencilla del que vive en el campo, al amparo de Dios, padre de todos.

Así queda dibujada, a grandes rasgos, el alma del Tipacoque que se nos da en el *Diario*.

LA CIUDAD Y EL CAMPO

La ciudad

“En la ciudad el hombre se pierde y se desnaturaliza. La vida urbana no es sino artificio” (17).

En medio del ruido de las cosas, es imposible que el hombre logre escuchar aunque sea solo por algunos instantes, la voz de su propio ser. Atafagado por el tráfico de personas y vehículos, no encuentra lugar para reflexionar humanamente, para echar un vistazo a sus recursos naturalizantes, y a consecuencia de ello, paulatinamente va perdiendo su vitalidad espiritual que purifica. Su pensamiento se vuelca sobre el mundo exterior, y es incapaz de detenerse, porque el ritmo acelerado de los acontecimientos, ha entrado a formar parte de su propia vida. Por lo cual,

“urbanizar al hombre significa deshumanizarlo y sacarlo de quicio” (18).

Caballero Calderón ha sentido en sí mismo este sopor estrepitoso de la ciudad, que le desespera y aturde. Hasta la música que los altoparlantes lanzan a la calle, se desnaturaliza, se envilece y se convierte en un ruido más. Para él, se puede afirmar, la ciudad es un sinónimo de hipocresía donde para hablar

(17) CABALLERO CALDERON, *Diario de Tipacoque*, Ed. A B C, Bogotá 1950, p. 12.

(18) *Ibid.*, p. 15.

con los demás, hay que colocarse previamente una careta, el disfraz de la "cultura" y de los "buenos modales", so pena de ser despreciado y tenido como plebeyo.

"El hombre de la ciudad ya no busca ni entiende de tema musical que acaricia el oído interno, y de ahí que haya inventado para solaz de sus muchedumbres estúpidas y sordas, una música sincopada y estridente que solo se alimenta de ritmo. El ritmo sin soporte melódico es puro ruido, es lo mecánico frente a la música que es libre y espiritual" (19).

A pesar de todo, el hombre busca la paz y el silencio del campo, quiere olvidar el barullo inconcluso de las urbes, y sentirse a gusto plenamente en las extensiones de la sabana. Pero comete el error de querer encontrar un campo urbanizado, que es la "flagrante contradicción del campo", como lo dice el mismo Caballero. Porque, veamos, ¿qué es el campo?

El campo

Caballero Calderón nos da su personal definición de la vida rural:

"He visto que toda gran literatura es un retorno al campo, que es la soledad interior..." (20).

La soledad interior permite al hombre caer en la cuenta, en primer lugar, de la propia existencia; en la ciudad se sobrevive, en el campo se *vive*, se *es*. Porque para encontrarse a sí mismo, es necesario *regresar* al campo, no *ir* al campo; el hombre busca la soledad y la belleza eterna de las cosas y solo puede encontrar estas dos realidades del espíritu, yendo a buscarlas en su estado primitivo, vírgenes; esto solo se logra en el campo.

"Descubro en primer lugar una mayor atención por mí mismo, y una total compenetración de mi alma y un paisaje en el cual ella se expande. Percibo un ritmo más lento y pausado en mis funciones vitales" (21).

Porque el campo enseña que la vida es un ritmo lento y acompasado, como la noche y el día, las lluvias y la sequía, y al mismo tiempo que enseña a vivir, enseña a morir:

(19) CABALLERO CALDERON, *Op. cit.*, p. 20.

(20) *Ibid.*, p. 13.

(21) CABALLERO CALDERON, *Op. cit.*, p. 15.

“Y la muerte es muy dulce entonces, porque participa de ese ritmo recóndito y poderoso del campo, que hermana la espiga con el sol que nace y muere sin perder el paso” (22).

En el campo se muere, porque se ha vivido, y la vida para Caballero Calderón se concreta en algo fundamental:

“Hoy se que lo importante es dar, que es lo mismo que darse; crear que crearse, hacer que es simplemente ser (...) aquí se vive tan a compás del cielo, de la tierra y del árbol, que debe ser una dicha morir...” (23).

Eduardo Caballero Calderón ha expresado en el *Diario de Tipacoque*, al mismo tiempo, la profundidad psicológica del alma campesina y el amor a su patria que para él se ha plasmado en cuatro sílabas lentas, cálidas: *Tipacoque*. La plenitud de su ser está allí y fuera de Tipacoque no desea más, porque

“Si le pidiera algo más a la vida, ¿no pecaría de vano y temerario? (...). Cuando aquí me encuentro, ¿no siento que todo lo demás sobra?” (24).

“No aspiro a más en la vida sino a morir en Tipacoque, entre los míos, tirado en la hamaca del corredor, frente a la puerta de la capilla que hizo abrir en el costado del poniente mi tío Antonio María (...). Fuera de ella me siento angustiado, inquieto, triste, sin alientos, vacío...” (25).

BIBLIOGRAFIA

Fuentes:

CABALLERO CALDERON, Eduardo. *Diario de Tipacoque*, Ed. A B C, Bogotá, 1950.

Obras consultadas:

CABALLERO CALDERON, Eduardo. *Obras*, T. III, Ed. Bedout, Medellín, 1964.

(22) *Ibid.*, p. 252.

(23) *Ibid.*, p. 253.

(24) CABALLERO CALDERON, *Op. cit.*, p. 283.

(25) *Ibid.*, pp. 280 y 284.